

Visión de la pintura ecuatoriana, las dos últimas décadas

Jorge Dávila Vázquez

Tendencias esenciales

Fundamentalmente, dos eran las direcciones que el arte ecuatoriano podía tomar, desde los años cuarenta del siglo XX: un realismo social que desembocó en expresionismo; y un expresionismo nuevo, que llevó la producción hacia muchos caminos, incluso la abstracción.

Esto puede parecer simplista, pero hay que situar en la punta de la primera tendencia a Pedro León y a sus discípulos o seguidores: Diógenes Paredes, Oswaldo Guayasamín y Eduardo Kingman; y a la cabeza de la segunda a figuras como Manuel Rendón Seminario, Camilo Egas y Alberto Coloma Silva.

El realismo-expresionismo, inspirado en el indigenismo del peruano José Sabogal y en el muralismo mexicano, se agotó en sí mismo, en la obra de los artistas mencionados, llegando sin variantes mayores, hasta fines del siglo XX, en el trabajo de Guayasamín y Kingman, pues Paredes murió en el 68, y era quizás el único que pudo evolucionar hacia otras expresiones más a tono con la época.

Aquellos que siguieron, en alguna medida, la huella de Rendón y Camilo Egas, especialmente, incursionaron en una serie de virtualidades que dieron al arte ecuatoriano la posibilidad de abrirse hacia la contemporaneidad, aunque fuera con un poco de retraso. Y no es que los maestros no hicieran realismo en algún momento, lo hicieron, pero su trabajo más serio experimentó en diversas tendencias, más a tono con su tiempo, y fue ese poder de actualización, ese hálito de modernidad, los que causaron las verdaderas renovaciones en el arte de quienes vinieron luego de ellos.

Los nombres mayores

Muchos son los nombres, cuya trayectoria se inició al mediar la centuria y que desarrollaron actividad hasta hace unos veinte y tantos

años, e incluso menos, hasta que la muerte barrió sus días, sus sueños: César Andrade Faini, un expresionista de grandes cualidades, que supo marcar con la huella deformante de la tendencia, incluso el paisaje; la soberbia Aracely Gilbert, el nombre más puro del constructivismo ecuatoriano; Luis Molinari, tan depurado en su trabajo, que si no hubiese sido por la sutileza de que estaba lleno éste, se habría podido pensar en una construcción matemática; Juan Villafuerte, dibujante y colorista de óptimas cualidades, atormentado por un decir que retorcía todo su discurso plástico; Germán Pavón, uno de los primeros artistas ecuatorianos en explotar a cabalidad el sentido del barroco tradicional y el esplendor de la fiesta religiosa.

Otros contemporáneos suyos siguen en la dura tarea de crear: Oswaldo Viteri, tal vez el mayor dibujante de su generación y gran pintor, experimentalista, buscador infatigable de lenguajes nuevos, que alcanza en sus *collages* contruidos con pequeñas muñecas de trapo, de raíz popular, un especular momento en su producción; Oswaldo Moreno, posiblemente el artista plástico ecuatoriano con trayectoria más notable en cuanto a la búsqueda expresiva, entre quienes tienen alrededor de setenta años; Judith Gutiérrez, dueña de un perfeccionismo miniaturista, que recuerda a los iluminadores medievales; Enrique Tábara, para muchos, figura emblemática de nuestra pintura, por sus calidades de maestro, por su empeño en constituir su propia iconografía, por su dominio absoluto del mundo pictórico. Si ha habido una influencia benéfica en las generaciones más jóvenes, Tábara ocupa un sitio indiscutible en ésta.

Y están: Aníbal Villacís, con un impresionante recorrido por tendencias y expresiones, a veces ligeramente desigual, pero casi siempre grande; Gilberto Almeida, un cromatista de grandes posibilidades, que cedió al experimento vano –las obras realizadas con clavos– y a la repetición de un paisaje estilizado, conocido y convencional.

Ligeramente menores a los citados, pero verdaderamente grandes de nuestra pintura, son Ramiro Jácome, un artista que elevó a la categoría épica lo cotidiano y cotidianizó lo heroico convencional, con un lenguaje de una fuerza expresionista y una modernidad remarcables, trabajador incansable de la plástica del país hasta su muerte hace un par de años; José Carreño, que empapó su tropicalismo inicial de cuanto vio en Europa, asimilando con fuerza las influencias; Estuardo Maldonado, quizá el artista ecuatoriano de más variada trayectoria y obra más estrictamente contemporánea, de su grupo, por la vigorosa incor-

poración de las tecnologías contemporáneas del inox color; Nelson Román, el temperamento mágico más vibrante de su generación; Félix Arauz, que en los mejores momentos de su carrera, ha sido el testigo asombrado de una envolvente naturaleza entorno; Alejandro Beltrán, de quien decía el crítico Estuardo Cisneros: «¿cómo se puede hablar en pocas palabras de un artista cuya obra global en la pintura es la más importante en Cuenca, en todos los tiempos?», y muchos, muchos que no cabrían en este espacio.

Los jóvenes

Empecemos por señalar algo que es importante. Hasta la irrupción de algunos artistas verdaderamente remarcables, en el panorama de la plástica del país, el rol de Cuenca en este campo había sido bastante modesto, salvo por la presencia de Moreno Heredia. Pero con los aportes que hacen numerosos creadores jóvenes, la presencia cuencana se fortalece y ocupa en el arte del país un sitio de la misma magnitud que los que han ocupado Quito y Guayaquil.

Pintores que tienen entre cuarenta y sesenta años, pueden ser considerados bajo este subtítulo. Son jóvenes por la edad y por la constancia en la búsqueda de discursos plásticos que han renovado constantemente el arte del Ecuador.

Entre ellos, cuatro cuencanos, Edgar Carrasco, gran experimentador en metales, y poderoso en su abstracción; Ricardo Montesinos, dueño de un vasto aliento productivo que llamó la atención de Guayasamín, que quizá veía en él un posible sucesor, por su titánico trabajo, en el que se unían lo neoexpresionista, lo mítico, lo precolombino y otras tendencias.

Plasmación realista del mundo y dosis de insólito se mezclan en proporciones precisas, en parte de la obra rica y variada del tercer nombre en cuestión, Jorge Chalco, quien luego de una experiencia abstracta no muy feliz ha retomado la figuración en un vigoroso neoexpresionismo, tendencia clave en la historia de la plástica contemporánea del Ecuador, por su constante presencia y por las variaciones con que se ha manifestado.

Jorge España ha incursionado en varios campos de la plástica: lo más interesante de su obra oscila entre una suerte de terrigenismo y la abstracción.

Ellos se codean, entre muchos otros, con el sólido expresionismo de los quiteños Miguel Varea, cuyo feísmo logra momentos excepcionales; Marcelo Aguirre, tal vez el nombre más representativo de su generación, creador de inmensas composiciones de estremecedora agresividad; Luigi Stornaiolo, dueño de un sentido caricaturesco terrible, que evoca la pintura medieval con sus infiernos y sus lecciones morales, interpretadas con acidez extrema.

Y con el virtuosismo dibujístico de Pilar Bustos o la poderosa fantasía creadora del neofigurativo más notable de su generación, Celso Rojas.

Contemporáneamente, César Carranza busca el sentido de su discurso en lo popular, en la fotografía de parque, en la pareja enamorada que se repite a lo largo de una obra ricamente cromática, y Miguel Betancourt experimenta con todos los materiales, pero sigue siendo el mejor acuarelista de su grupo.

Hernán Cueva se alza como figura magistral del grabado, arte con pocos representantes ilustres en generaciones anteriores, especialmente Galo Galecio. Y, de pronto, una presencia que viene de fuera y que es contemporánea de todos ellos: Manuel Cholango, con carrera en Europa, y capacidad e imaginación para las instalaciones, sorprendentes.

Los realistas

No es apropiado meter a todos los realistas nuevos en el mismo saco, pero de alguna manera es preciso destacar la permanencia de una forma de concebir el mundo real en el universo de la representación plástica. Cinco son, a mi modo de ver, los realistas de mayor obra y trascendencia en el país, y todos tienen alrededor de cincuenta años: Julio Montesinos, que construyó una obra basada en la poética de lo real, captando de lo próximo todo aquello que, normalmente, se ignora; Jaime Zapata, que ha hecho del ejercicio de la pintura un rito que al tiempo que capta la grandeza de los realistas europeos del barroco, introduce notas, cercanas, insólitas y terribles; Marco Martínez, inscrito en el paisaje tradicional ecuatoriano como una deslumbrante opción, pero cargando su obra de rasgos estremecedores; Agustín Patiño, pintor minucioso, de buenas calidades, que desconcierta al espectador por sus rasgos de extrañeza; y Cecilia Tamariz de Malo, que ha buscado incesantemente en el campo de la